

CRISIS ALIMENTARIA Y LUCHA CONTRA
EL HAMBRE EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA.
LA CUESTIONABLE CONTRIBUCIÓN DE LOS ODM.

*FOOD CRISIS AND FIGHT AGAINST
HUNGER IN SUB-SAHARAN AFRICA.
THE CONTRIBUTION OF MDG UNDER DEBATE.*

Karlos Pérez de Armiño
Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea
karlos.perezdearmino@ehu.es

Recibido: junio de 2010; aceptado: diciembre de 2010.

RESUMEN.

La crisis alimentaria, iniciada en 2007 debido al alza de los precios internacionales de los alimentos, está teniendo serias consecuencias en términos económicos y nutricionales en el África Subsahariana. No obstante, representa simplemente el agravamiento de una situación crónica con unas altas tasas de subnutrición, las más altas del mundo, derivadas de diferentes factores estructurales. En este contexto, los Objetivos de Desarrollo del Milenio, aunque cuentan con algunas potencialidades positivas, presentan numerosas deficiencias, tanto técnicas como de formulación política, que les restan capacidad para ser un instrumento vigoroso en la orientación de la lucha contra el hambre.

Palabras clave: África Subsahariana; Crisis alimentaria; Subnutrición; Objetivos de Desarrollo del Milenio.

ABSTRACT.

The food crisis, started in 2007 with the increasement of food international prices, is markedly affecting Sub-Saharan Africa both economically and nutritionally. Nevertheless, it's a chronic situation, characterised by high hunger rates provoked by several structural factors. Within this context, Millenium Development Goals show several deficiencies although there are also potentialities. Even so, technical and political deficiencies difficult their performance in fighting against hunger.

Keywords: Sub-Saharan Africa; Food Crisis; Sub-nutrition; Millenium Development Goals.

Clasificación JEL: F59, I31, O13, N37, O15.



1. INTRODUCCIÓN¹

El primero de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (en adelante, ODM) estipula la reducción a la mitad del porcentaje de personas hambrientas para el año 2015. Esta meta es importante en sí misma, dado que el hambre representa uno de los principales problemas de la humanidad; pero, además, resulta crucial por cuanto la subnutrición es a la vez causa y consecuencia de otros muchos problemas del subdesarrollo, con los que está profundamente interrelacionada. Así pues, la reducción del hambre constituye una condición ineludible para avanzar hacia la consecución de los otros ODM, como son el alivio de la pobreza y la mortalidad infantil, la mejora de la salud materna, la mitigación de las enfermedades, o la preservación del medio ambiente. Dicho de otra forma, la seguridad alimentaria es fruto del desarrollo humano, pero a la vez constituye una base necesaria para que los países y personas puedan desarrollar sus capacidades.

Dicho objetivo, adoptado en el año 2000, de reducir a la mitad el *porcentaje* de población desnutrida, ha experimentado cierto progreso en las últimas dos décadas, aunque con notables diferencias entre regiones y países: para el conjunto de los países en desarrollo, ha descendido del 20% en 1990-92 al 16% en 2010. Ahora bien, la evolución del hambre en el mundo debería interpretarse también a la luz de otro objetivo internacional adoptado con anterioridad, en la Cumbre Mundial de la Alimentación celebrada en Roma en 1996, consistente en la reducción a la mitad del *número* de personas desnutridas para el año 2015. A este respecto, el conjunto de los países en desarrollo, de nuevo con notables diferencias entre unos y otros, han experimentado un retroceso, pues han pasado de los 827 millones en 1990-92 hasta los 906 millones en 2010 (FAO, 2010b:10, 56). Evidentemente, este aumento del hambre en términos absolutos es compatible con su

¹ Profesor titular de Relaciones Internacionales en la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, e investigador de Hegoa, Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional. Además, Investigador Principal del *Grupo de Investigación sobre Seguridad Humana, Desarrollo Humano Local y Cooperación Internacional*, financiado por el Gobierno Vasco (2010-2012).

disminución en términos relativos, habida cuenta del crecimiento de la población mundial.

Es interesante observar algo más en detalle la evolución experimentada por la magnitud absoluta de la subnutrición. En efecto, si bien el número de personas hambrientas en el mundo disminuyó constantemente desde 1970 hasta mediados de los años 90, a partir de entonces inició un aumento moderado que continuó en la siguiente década. Tal incremento, sin embargo, se aceleró de forma inusitada debido a la crisis alimentaria provocada por la escalada de los precios internacionales de los alimentos registrada desde 2007. Así, el total de personas hambrientas en el mundo se disparó desde los 847,7 millones de mediados de la década hasta los 915 millones en el 2008 y los 1023 millones en 2009, las cifras más altas de las últimas cuatro décadas². Tal crisis alimentaria ha conllevado que por primera vez en décadas haya aumentado no sólo el número absoluto, sino también el porcentaje de las personas subnutridas en el mundo (FAO, 2009a:11; 2010b:4). Ahora bien, cabe constatar que esta tendencia se ha invertido, siquiera temporalmente. En efecto, los últimos datos proporcionados por la FAO estiman que, por primera vez desde 1995, la desnutrición habrá disminuido en 2010 hasta los 925 millones de personas en todo el mundo, gracias al crecimiento económico en algunos países en desarrollo y a la disminución de los precios internacionales de los alimentos (FAO, 2010b:4). Sin embargo, la continuidad de esta disminución parece verse comprometida para el próximo futuro por el nuevo incremento de los precios de los cereales iniciado en el verano de 2010.

Con esta perspectiva temporal podemos afirmar que la presente crisis alimentaria no es sino la punta del iceberg, un mero agravamiento de una situación previa que ya antes se caracterizaba por unos altos porcentajes de subnutrición crónica³, siendo los del África Subsahariana los más elevados del

² Aunque son la principal referencia en la materia, las cifras de la FAO de personas subnutridas a nivel mundial y por países deben ser tomadas con cautela. Según diversos autores, algunos de los datos utilizados para realizar tales cálculos (productividad y producción agrícola; diferentes requerimientos calóricos de las familias en función de su composición y actividad, etc.) tienen escasa fiabilidad e, incluso, a veces no existen y se suplen con estimaciones. A ello se añade que, en el modelo estadístico utilizado por la FAO, pequeñas alteraciones en los indicadores utilizados se traducen en notables cambios en las estimaciones finales (Svedberg, 1999 y 2000). Además, dicho modelo presenta diferentes sesgos y problemas metodológicos (Srinivasan, 1992), que según Svedberg (2000:3), dan como resultado una sobreestimación de la prevalencia de la subnutrición en el mundo, relativamente pequeña para el África Subsahariana pero sustancial para otras regiones.

³ La FAO distingue entre "subnutrición" (*undernourishment*) y "desnutrición" (*undernutrition*), dos conceptos sobre los que existe cierta confusión en la literatura. La *subnutrición* es definida como el "estado de las personas cuya ingestión alimentaria regular no llega a cubrir sus necesidades energéticas mínimas". Es decir, consiste en un consumo de energía alimentaria, medida en kilocalorías, menor que los requerimientos mínimos para garantizar el peso corporal, la salud y la actividad física; independientemente de que haya o no deficiencias específicas de determinados nutrientes (FAO, 2010c). El criterio de medir específicamente la energía alimentaria se justifica por lo imprescindible que ésta resulta para el peso y la actividad física, así como por el hecho de que los alimentos básicos normales que proporcionan kilocalorías también aportan proteínas y otros nutrientes (Naiken, 2002). Ahora bien, en la bibliografía hay ciertas discrepancias sobre cuál es el umbral de requerimientos energéticos mínimos. La FAO lo ubica en un promedio de 1800 kcal/persona/día (FAO, 2010c),

mundo. Así pues, al abordar la situación actual, es preciso tomar en cuenta no solo sus causas inmediatas, sino también los factores estructurales de fondo que han venido causando el hambre crónica durante las últimas décadas.

El presente artículo contiene dos partes. En la primera abordaremos las causas estructurales y coyunturales de la calamitosa situación nutricional actual en el continente. En la segunda, realizaremos un análisis crítico tanto de las potencialidades como de las carencias que presentan los Objetivos de Desarrollo del Milenio como instrumento para estimular y orientar la lucha contra el hambre en el mundo y, en particular, en el África Subsahariana. Dado que los ODM constituyen el principal referente y compromiso internacional en el campo del desarrollo, del combate de la pobreza y de la cooperación, su estudio es esencial a la hora de valorar la actuación de los estados y de la comunidad internacional en ámbitos como el de la lucha contra el hambre.

2. LA CRISIS ALIMENTARIA: EXACERBACIÓN DE UNA INSEGURIDAD PERSISTENTE.

La severa crisis alimentaria que viene azotando al mundo en los tres últimos años tiene dos causas inmediatas principales: la pérdida de ingresos de millones de familias pobres como consecuencia de la crisis económica en la que estamos inmersos y, sobre todo, el espectacular alza de los precios internacionales de los alimentos básicos registrada desde el verano de 2007.

Esta crisis mundial está afectando de forma particularmente grave al África Subsahariana por tres razones en las que abundaremos más adelante: a) la mayoría de los países de la región son importadores netos de alimentos, por lo cual están muy expuestos a la subida de sus precios en el mercado internacional; b) una gran parte de la población africana vive en la pobreza y dedica una alta porción de sus ingresos, hasta el 70%, a la compra de alimentos, por lo que el aumento de los precios de estos les acarrea un inmediato y grave deterioro de su poder adquisitivo así como de su estado nutricional y sanitario; y c) un amplio porcentaje de familias africanas presentaba ya antes de la actual crisis unos altos niveles de vulnerabilidad como consecuencia de diferentes factores estructurales y políticas que han ido erosionando durante décadas

en tanto que el USDA, Departamento de Agricultura de los EE.UU., lo sitúa en un promedio de 2100 kcal/persona/día (Naiken, 2002). Esta última cantidad es la fijada también por el Proyecto Esfera (2004:164), una importante iniciativa internacional que ha implicado a cientos de agencias humanitarias para, entre otras cosas, definir normas y estándares para la ayuda humanitaria. En cualquier caso, esas necesidades promedio tienen que ser ajustadas para cada persona en función de diferentes factores (volumen corporal, actividad física, edad, salud, embarazo o lactancia, etc.). Por otro lado, la *desnutrición* se define como el "resultado de una prolongada ingestión alimentaria reducida y/o absorción deficiente de los nutrientes consumidos. [Está] generalmente asociada a una carencia de energía (o de proteínas y energía), aunque también puede estar relacionada con carencias de vitaminas y minerales" (FAO, 2010c). Es decir, se trata de un concepto más amplio que el anterior, por cuanto es resultado no solo de la subnutrición (por falta de calorías y también de proteínas), sino también de una falta de consumo de nutrientes o de una mala absorción de los mismos debido a problemas de salud.

sus sistemas de sustento (*livelihoods*) y su capacidad de resistencia, así como las redes sociales y las políticas públicas de protección.

Como decíamos, la principal causa inmediata de la presente crisis alimentaria ha sido el alza de los precios internacionales de los alimentos básicos, que ha roto una prolongada tendencia de disminución de los mismos que les llevó a unos mínimos históricos a finales de la década de 1990. Los precios de los cereales han seguido una tendencia alcista desde 2001, pero se dispararon especialmente en 2007 y 2008, alcanzando su punto álgido en abril de este último año. Así, por ejemplo, el precio de una tonelada de arroz (arroz partido de Tailandia) pasó de menos de 400 dólares en enero de 2008 a 1000 dólares en mayo del mismo año; y la de trigo (trigo duro rojo de invierno de EE.UU), de unos 200 dólares en mayo de 2007 a más de 500 en febrero de 2008, aunque cayó a 250 en mayo de 2008 (Earthscan-PMA, 2009:52).

Posteriormente, desde el segundo semestre de 2008, tales precios internacionales han disminuido gracias a un incremento de la producción en ese año y, algo menos, en 2009, así como a la depresión de la economía mundial y a la revalorización del dólar. Así, desde sus máximos niveles en marzo de 2008, los precios del trigo (duro rojo de invierno de EE.UU) han bajado un 56% hasta enero de 2010, ubicándose en un promedio de 213 dólares por tonelada (FAO, 2010a:11). No obstante, cabe constatar que la caída de los precios internacionales no ha tenido una traducción inmediata en los precios nacionales (al contrario de lo ocurrido con la subida), que se han mantenido por lo general elevados (UNCTAD, 2009: 10). Así, por ejemplo, algunos países del África oriental (como Sudán, Etiopía o Kenia) continúan con precios muy superiores a los promedios de hace unos años: en diciembre de 2009 la mayoría de los alimentos eran entre un 50 y un 100 % más altos que en diciembre de 2007, antes de la crisis de los precios (FAO, 2010a).

El vertiginoso aumento de los precios internacionales en 2007/2008 fue resultado de la convergencia de varios factores, tanto coyunturales como estructurales, si bien existen discrepancias entre los diferentes autores respecto al peso relativo jugado por cada uno de ellos. En términos generales, podríamos agruparlos como factores que actúan bien en el ámbito de la oferta o bien en el ámbito de la demanda, siguiendo el desglose realizado en FAO (2008) y Earthscan-PMA (2009).

En cuanto a los factores que han incidido en la oferta de alimentos, cabe destacar al menos tres. En primer lugar, la escasez de las reservas mundiales de cereales, que están a su nivel más bajo de los últimos treinta años como consecuencia de que en este tiempo la producción no ha crecido al ritmo de la demanda, lo que se ha agravado por varias malas cosechas de grandes productores como Australia. Dicha falta de reservas no ha sido un mero síntoma de la crisis, sino también un detonante de la misma por cuanto ha impedido amortiguar las fluctuaciones de los precios ante las caídas de la producción mundial habidas recientemente por razones medioambientales (de un 3,6% en 2005 y de un 6,9% en 2006) (Earthscan-PMA, 2009:36). En segundo

lugar, el elevado precio de la energía, que encarece tanto la producción (algunos fertilizantes y pesticidas exigen una gran cantidad de hidrocarburos) como la comercialización de los alimentos. Por último, las restricciones a la exportación de alimentos adoptadas por unos 40 países (incluidos algunos grandes productores, como Argentina o Vietnam) a mediados de 2008, ante el temor que causó la prohibición de exportación impuesta por el gobierno de India en octubre de 2007.

En cuanto a los factores que habitualmente se esgrimen como estímulo del aumento de la demanda, cabe destacar los cinco siguientes⁴.

Primero, el fuerte crecimiento de la población mundial, que ha pasado de 2.500 millones en 1950 a 6.829,4 millones en 2009. Ahora bien, dado que el mundo produce hoy un 17% de kilocalorías per cápita más que hace tres décadas, cabe pensar que tal factor en sí mismo no es responsable del aumento de los precios.

Segundo, el cambio de la dieta, principalmente en países asiáticos con fuerte crecimiento, consistente en un aumento del consumo de alimentos de origen animal que conlleva una creciente demanda de cereales utilizados como piensos.

Tercero, la producción de biocombustibles a partir de cultivos alimentarios, que se ha visto estimulada por el encarecimiento del petróleo y por las políticas de protección medioambiental. En 2008/2009 en el mundo se utilizaron unos 126 millones de toneladas de cereales para producir etanol, lo que supuso el 6% de la producción mundial y cerca de un tercio de la producción de maíz de EE.UU. Existen estimaciones muy dispares en cuanto al impacto de los biocombustibles sobre el aumento de los precios de los alimentos. Así, al igual que otros estudios del FMI y el Banco Mundial, Mitchell (2008:16) concluye que ésta ha sido la causa de la mayor parte del aumento de los precios alimentarios desde 2002. Otros, por el contrario, le atribuyen un impacto menor. En conjunto, la mayoría consideran que han sido causantes de un 20% a un 30% del incremento (Earthscan-PMA, 2009:35-36).

Cuarto, la disminución de los tipos de cambio del dólar y la consiguiente apreciación de otras monedas, lo que ha ocasionado un abaratamiento relativo de las importaciones de alimentos de muchos países y un consiguiente aumento de la demanda.

Quinto, el auge de la especulación financiera sobre materias primas (*commodities*) agrícolas en los mercados de futuros, facilitada por la desregulación financiera neoliberal de los años 80, alentada por la perspectiva de unos precios alimentarios que continuarán elevados y, sobre todo, acelerada desde 2007 como alternativa inversora ante la caída de los beneficios en las bolsas, la inestabilidad financiera, la caída de los tipos de interés y la

⁴ Varios de los factores que presionan hacia un incremento de la demanda de alimentos, como el crecimiento de la población mundial y de la producción de biocombustibles, así como el cambio de las pautas de consumo, fueron abordados en el Informe sobre Desarrollo Mundial del Banco Mundial de 2008, el primero centrado en la agricultura en dos décadas.

depreciación del dólar. De acuerdo con algunas estimaciones, los fondos de inversión controlan ahora entre el 50% y el 60% del trigo comercializado en los más grandes mercados mundiales de *commodities* (García et ál., 2008:26). Como dice Oya (2009:450), tanto la burbuja de los precios de los alimentos entre mayo de 2007 y abril de 2008, como la caída de los mismos a finales de 2008, "llevan la marca de la volatilidad de la especulación financiera a corto plazo, más que las causas subyacentes relativas a los desequilibrios entre oferta y demanda globales".

En este sentido, para algunos autores tal especulación ha sido la causa principal que explica la rapidez con la que subieron los precios desde 2007 (Ghosh, 2009:40, 2010; Garrido, 2008:15-16; García et ál., 2008). De forma similar, la UNCTAD (2009:9) estima que la financiarización de los mercados de productos básicos ha adquirido tal magnitud que ha generado burbujas especulativas y ha incidido de forma significativa en el alza de sus precios. No obstante, otras fuentes desmienten estas apreciaciones. Así, Wright y Bobenrieth (2010:71-72) sostienen que los datos no avalan que la subida de los precios se haya debido a la entrada de dinero especulativo en los mercados de cereales, sino que ha sido motivada por el bajo nivel de existencias, el aumento de la demanda y las restricciones a las exportaciones. Del mismo modo, el FMI (2008:87-92), tras aplicar varios métodos de análisis, sostiene que no existen pruebas para afirmar que los mercados de futuros hayan elevado los precios. Sintetizando diferentes posturas, un estudio de Earthscan-PMA (2009:54) concluye que, aunque las pruebas no son definitivas, es probable que la especulación haya tenido parte de la culpa, si bien esto ha sido posible en un contexto en el que existen otros factores subyacentes.

En efecto, la crisis alimentaria mundial se ha desencadenado en el marco de un régimen alimentario global que presenta características diferentes al existente en las décadas de los cincuenta o sesenta. En aquél, los precios de los alimentos y de las materias primas eran relativamente estables, al estar regulados tanto por controles gubernamentales como por acuerdos internacionales. El régimen actual, por el contrario, se caracteriza por unos mercados globales de alimentos y materias primas agrícolas dominados por los mercados financieros internacionales (Oya, 2009:448).

De este modo, la actual crisis alimentaria presenta algunas causas específicas, pero que solo pudieron desencadenarla en este nuevo "régimen alimentario corporativo" o "imperial", el cual ha generado durante las últimas décadas una crisis agraria que ahora, desde 2008, se ha traducido en crisis alimentaria mundial. Tal crisis agraria es consecuencia de tres características básicas del actual sistema agroalimentario. En primer lugar, la creciente industrialización de la agricultura. En segundo lugar, la globalización y la liberalización del mercado agroalimentario, esto es, la creciente integración de los mercados locales y regionales en un mercado global, bajo los principios del proyecto neoliberal. Aunque solo el 15% de la producción agrícola mundial se exporta, el resto

también ha pasado a estar alineado con los precios internacionales del mercado mundial. Y, en tercer lugar, la creación de “imperios alimentarios”, o grandes multinacionales agroalimentarias que ejercen un creciente poder monopolístico sobre la cadena de producción, procesamiento y distribución de alimentos, incrementando sus márgenes de ganancia a costa tanto de los campesinos que los producen como de los consumidores (Van der Ploeg, 2010:98, 101).

Las principales consecuencias de este nuevo sistema agroalimentario mundial han sido varias. Por un lado, la agricultura se ha vuelto muy dependiente de la “lógica del mercado”, del capital industrial y financiero, lo que ha incrementado sus costes de producción, le ha obligado a reducir fuertemente sus márgenes de beneficio y le ha hecho más sensible a las fluctuaciones económicas. Por otro lado, y como consecuencia, los imperios agroalimentarios están destruyendo los sistemas agrícolas tradicionales de los pequeños campesinos, al drenar de éstos recursos y reducir su margen de crecimiento. Por último, el sistema agroalimentario es extremadamente sensible a avatares externos y pequeños desequilibrios en los mercados, los cuales se traducen en enormes fluctuaciones en los precios y en un riesgo permanente de turbulencia (Van der Ploeg, 2010, 101-103). En otras palabras, se trata de un sistema alimentario frágil, que ha destruido los sistemas de producción alimentaria del Sur global, de forma que éste ha pasado de producir excedentes cuatro décadas atrás, a ser en conjunto deficitario en alimentos (Bush, 2010:121).⁵

Como decíamos, la actual crisis alimentaria debe ser entendida como un proceso de agravamiento de un contexto en el que ya antes existían unas altas tasas de subnutrición crónica. Así pues, es preciso tener en cuenta el entramado de factores estructurales, numerosos y de diversa naturaleza, que durante largo tiempo han gestado la situación actual en el África Subsahariana, y que, además, en muchos casos es previsible que perduren en el futuro.

Uno de los factores con un impacto más amplio y más duradero es la degradación medioambiental y el cambio climático, a los cuales el África Subsahariana es una de las regiones más vulnerables, debido entre otros motivos a sus altos niveles de pobreza y a su dependencia de la agricultura de secano, de modo que cualquier pequeño cambio climático puede acarrear graves daños en la producción agrícola. En las últimas cuatro décadas el continente se ha ido calentando, lo que ha contribuido a unas lluvias más intensas e irregulares, ocasionando tanto más inundaciones como más sequías, con lo que la desertización en el África Subsahariana está incrementándose en un 3,5% anual (Oxfam, 2006:30). De cara al futuro, se

⁵ En última instancia, según Lang, la crisis actual refleja los fallos y problemas del actual sistema alimentario, caracterizado por su productivismo, su falta de solidez y resistencia ante la creciente volatilidad del entorno y por su falta de sostenibilidad en tres planos: medioambiental, pues la producción agroganadera industrial es lesiva para el medio ambiente; sanitario, ya que el incremento del consumo de alimentos procesados daña la salud; y social, dado que en la actual cadena alimentaria el poder y el capital han pasado a estar fuera de la agricultura, conllevando perjuicios en términos de equidad y justicia (Lang, 2010:87 y ss.).

prevé que el cambio climático afectará con particular intensidad a la región, contribuyendo a un incremento de la inseguridad alimentaria.⁶

De carácter igualmente sostenido en el tiempo es el fuerte crecimiento vegetativo, que para todo el África Subsahariana es actualmente del 2,7%, si bien este porcentaje tiende a la baja y presenta grandes oscilaciones entre países. Tal incremento ha neutralizado el notable crecimiento de la producción de cereales habido en la región desde 1990, de un 2,8% anual, lo cual ha contribuido a un aumento de la dependencia de las importaciones alimentarias del exterior para el conjunto de la región (FAO, 2009a:28), aunque también en este terreno hay grandes diferencias entre países.⁷

Otro factor estructural que daña la seguridad alimentaria son las altas tasas de morbilidad, y en particular la incidencia del VIH-SIDA, particularmente grave en el Sur del continente. Las enfermedades, con una prevalencia variable según países, contribuyen a mermar la capacidad de producción agrícola debido a la inhabilitación o muerte de personas adultas, al tiempo requerido para cuidar enfermos en vez de para producir, al corte de la transmisión de conocimientos agrícolas de padres a hijos, etc.

Entre los generadores de inseguridad alimentaria merecen una atención destacada también los conflictos armados, los cuales desbaratan la producción agrícola y el comercio de alimentos al ocasionar inseguridad, éxodo poblacional y epidemias. Se estima que más de la mitad de las hambrunas sufridas últimamente en la región han sido causadas por la guerra, muchas de las cuales han sido deliberadamente provocadas como arma de guerra. De hecho, los países con mayor subnutrición están en conflicto armado o han salido de él recientemente.⁸

En términos generales, cabría hacer mención también al mal gobierno de muchos estados africanos (corrupción, clientelismo, inestabilidad política,

⁶ Los expertos prevén que la región, una de las más afectadas por el cambio del clima, se calentará entre 0,5 y 2 grados adicionales para el 2050, lo que contribuirá a la reducción de las precipitaciones, la degradación del suelo y la disminución de la producción sobre todo de los agricultores y pastores pobres. Así, para el año 2020, en algunas zonas del continente el cambio climático podría reducir en un 50% el rendimiento de los cultivos de secano, incrementando la pobreza y la inseguridad alimentaria. Otra consecuencia prevista será una alteración de los sistemas y recursos naturales, un peor acceso al agua potable, un aumento de diferentes enfermedades (que podrían causar en la región unos 185 millones de muertes durante este siglo), un incremento de las migraciones, así como un agravamiento de los conflictos por el control de unos recursos menguantes (Oxfam, 2006:31, 2009:13; UNFPA, 2009:40).

⁷ Numerosos países han experimentado un incremento de su producción per cápita de cereales en el período de 1990/92 a 2005/07, como Etiopía (de 104 a 168 kg/persona/año), Malawi (de 129 a 177), o Mozambique (de 35 a 66). Otros varios, por el contrario, han sufrido una disminución de la misma, como Zimbabue (de 159 a 120), Senegal (de 112 a 86), R. D. del Congo (de 35 a 23) y Kenia (de 119 a 100) (FAO, 2010d). Por otro lado, hay que matizar que los datos referidos al cereal reflejan solo parte de la realidad alimentaria, pues en algunas zonas del continente la dieta prioriza otros productos, como las raíces y tubérculos.

⁸ Entre las principales obras sobre las guerras como causa del hambre y de las hambrunas, así como sobre la creación deliberada de estas últimas como arma de guerra, véanse De Waal (1989), Macrae y Zwi (1994), Keen (1994) y Von Braun et ál. (1998). Una visión panorámica de los debates puede encontrarse en Pérez de Armiño (1996) y Messer et ál. (2001).

ausencia de libertades) así como a la falta de voluntad política por parte de las elites para afrontar la pobreza y el hambre. En ocasiones, más que de desidia gubernamental puede hablarse incluso de hostilidad hacia determinados grupos vulnerables y marginados, lo que incrementa su inseguridad alimentaria.

Vinculado a lo anterior, hay que destacar el habitual abandono de la agricultura familiar por parte de gran parte de los gobiernos africanos y su escasa inversión en el sector agrícola, que cayó del 6,4% de sus presupuestos nacionales en 1980 al 4,5% en 2002. La Declaración de Maputo sobre Agricultura y Seguridad Alimentaria en África, adoptada en la cumbre de la Unión Africana de julio de 2003, asumió el compromiso de elevar tal inversión al menos al 10%, pero para 2007 solo unos pocos lo habían cumplido⁹.

Además, esa limitada financiación para la agricultura suele dejar de lado a los pequeños campesinos y a los pastores, a pesar de que ambos constituyen la mayor parte de la población pobre y de que, por tanto, todo crecimiento en la agricultura familiar tiene mayor incidencia en la reducción de la pobreza. En efecto, un determinado incremento del PNB per cápita agrícola reduce la pobreza (entendida como disponibilidad de menos de un dólar diario) al menos cinco veces más que el mismo incremento en otros sectores económicos, impacto que además es proporcionalmente superior entre las familias más pobres. Sin embargo, las políticas públicas apenas han contribuido a facilitar el acceso a los insumos, los créditos, la tecnología y otros medios con los cuales incrementar la productividad de los pequeños campesinos, que en África es de solo 1,3 toneladas de cereales por hectárea, frente a 4,7 en Asia (Christiaensen y Demery, 2010). De este modo, el crecimiento de un 3,72% experimentado entre 1990 y 2005 por el sector agrícola en el PIB en África es imputable a la agricultura comercial, pero apenas a la de subsistencia, lo que explica la persistencia de la pobreza en el continente (Oxfam, 2009:12).

Notable impacto ha tenido igualmente en las últimas décadas la disminución de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) orientada al sector agrícola, a nivel mundial así como para el África Subsahariana. Entre 1986 y 2006, dicha disminución supuso un promedio anual del 7,70%, siendo el África Subsahariana la región en la que resultó más acusada, con un 11,14% anual, frente a descensos de un 6,12% en Asia-Pacífico y un 7,94% en Oriente Medio y Norte de África, o a un incremento del 1,31% en América del Sur (OXFAM, 2009:51). De este modo, la ayuda para agricultura en el África Subsahariana cayó un 43% entre 1990-92 y 2000-02, de una media de 1700 millones de dólares anuales a 974 millones, aunque posteriormente mostró un ligero incremento. Entre 1997 y 2001, los préstamos del Banco Mundial para la agricultura también descendieron en un 30 por ciento (Oxfam, 2006:1,19).¹⁰

⁹ Se trata de Burkina Faso, Cabo Verde, Chad, Etiopía, Malawi, Mali y Níger. Véase NEPAD (2007); Dialogue Online Weekly, n.º 205, 23 de Noviembre; citado en IFPRI (2008:9).

¹⁰ La disminución del apoyo de los donantes a la agricultura se debió a múltiples factores, según el Banco Mundial (2008:33), tales como: la caída de los precios internacionales de productos agrícolas, que hizo que el sector fuera menos rentable; una mayor orientación de la AOD hacia los servicios

Otro factor en gran parte inducido desde el exterior ha sido el debilitamiento institucional y económico de los estados africanos, como consecuencia de las reformas económicas (liberalización de los mercados, privatizaciones, reducción del gasto público, etc.) impuestas desde los años 80 por el Banco Mundial, el FMI y los donantes, y estimuladas también por los acuerdos de liberalización comercial e integración económica en el continente. Uno de los principales efectos de tales enfoques neoliberales ha sido el de limitar gravemente la capacidad del estado para promover políticas de desarrollo agrícola. Esto se ha traducido, por ejemplo, en una reducción del apoyo a los sistemas de crédito y a los subsidios a los insumos para los pequeños campesinos, así como a la investigación agrícola. Igualmente, los gobiernos africanos se han visto obligados a dismantelar las políticas e instituciones públicas que les permitían intervenir en el mercado agrícola para atajar las bruscas fluctuaciones de los precios y proteger a los campesinos y los consumidores (Havnevik et ál., 2007:21 y ss.). Así, en particular, se han visto forzados a reducir drásticamente las reservas públicas de alimentos (consideradas como caras e ineficientes por los donantes), a favor de una mayor integración en los mercados internacionales, lo cual en última instancia ha reducido la capacidad de los estados para equilibrar los precios y evitar la especulación, y les ha dejado al albur de la alta volatilidad de los mercados (Oxfam, 2006:23; Ghosh, 2009:40). De esta forma, se ha dado una disminución de la acción pública, que sin embargo la experiencia ha demostrado ser una vía necesaria y rentable para promover la seguridad alimentaria, sobre todo en contextos rurales donde los mercados resultan débiles y volátiles.

Las políticas neoliberales han conllevado también una apertura de los mercados agrícolas africanos, lo que en gran medida ha acarreado consecuencias negativas. En primer lugar, muchos productos del continente encuentran serias dificultades para competir, en los mercados nacionales e internacionales, con productos subvencionados procedentes de países desarrollados¹¹. En segundo lugar, se ha dado un auge del modelo agrícola

sociales; el aumento de la ayuda de emergencia; la oposición de los agricultores de algunos países donantes a apoyar la agricultura en países a los que exportan; y el fracaso de experiencias pasadas de desarrollo rural en base a proyectos a gran escala.

¹¹ A principios de la década de los 2000, los países ricos gastaban más de 300.000 millones de dólares en subsidios a su agricultura, unas seis veces lo que en ayuda al desarrollo. La UE subsidiaba aproximadamente un tercio del valor de su producción, frente a un quinto los EE.UU., si bien éste proporcionaba una mayor cantidad por agricultor. Tales subsidios han contribuido a generar excedentes que inundan el mercado mundial a precios inferiores al de coste de producción, al tiempo que frenan la producción y las exportaciones de los países pobres. El International Food Policy Research Institute de Washington estimó que la eliminación de los subsidios generaría unas ganancias anuales de 3.300 millones en el África Subsahariana, gracias al incremento de sus exportaciones y la sustitución de importaciones. Un ejemplo significativo es el del algodón norteamericano, cuyo subsidio en 2001, de 3.400 millones de dólares, representó una disminución artificial de los precios mundiales en aproximadamente un 25%, con graves perjuicios para, entre otras regiones el África occidental. Así, por ejemplo, se estima que un incremento del precio mundial en ese porcentaje reduciría un 4% la pobreza en Benin. Otro caso relevante es el azúcar blanca de la UE, cuyas cuotas garantizaban a principios de los años 2000 un precio de 632 euros por tonelada, cuatro veces

comercial, intensivo en capital e insumos, a costa de la agricultura alimentaria familiar. En tercer lugar, los mercados africanos se han incorporado a una nueva estructura del mercado alimentario internacional, que en las últimas décadas ha experimentado una creciente concentración e integración vertical a manos de unas pocas multinacionales que ejercen un control oligopólico de todas las fases de la cadena alimentaria, desde el cultivo hasta la distribución, y que han tomado funciones que antes realizaban los estados. Los mercados locales, accesibles a los campesinos, van siendo sustituidos por mercados globales controlados por aquellas empresas, lo cual ha reducido los márgenes de beneficio de los pequeños productores.

En definitiva, como dice Ghosh (2009:31), la crisis alimentaria actual no ha surgido repentinamente, sino que en gran parte ha sido gestada por años de políticas de liberalización y orientadas al mercado, que han provocado una crisis agraria generalizada en muchos de los países en desarrollo y que han facilitado la especulación con los alimentos.

3. LA SITUACIÓN DE INSEGURIDAD ALIMENTARIA EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA.

La actual crisis alimentaria, cuyas causas coyunturales y estructurales acabamos de estudiar, y, en particular, el aumento de los precios internacionales de los alimentos, están teniendo unas negativas consecuencias en el continente, tanto a nivel macro como a nivel familiar, si bien con diferencias notables entre los diversos países y grupos sociales.

El impacto de los precios mundiales sobre la economía tanto nacional como familiar ha de analizarse a la luz de los niveles de la producción agrícola en la propia África Subsahariana: cuanto más altos sean, menor será la necesidad de importar y mayores los ingresos de los campesinos. En este sentido, durante los últimos tres años la evolución de la producción agrícola en el África Subsahariana ha presentado diferencias subregionales notables. En todas las zonas (salvo en el África central, donde ha permanecido estancada), la producción de 2008 aumentó respecto a la de 2007. Sin embargo, la de 2009 fue menor que la del año anterior en todas las regiones salvo una, siendo la caída particularmente aguda en el África oriental y en la zona del Sahel, donde se ha deteriorado la situación alimentaria. La excepción a la que aludíamos es el África austral, donde se ha dado un incremento de la producción, concentrado principalmente en Sudáfrica, que le ha permitido a la subregión disminuir sus importaciones de cereales en un 12% en 2009/10 (FAO, 2010a:7).

más del precio mundial, 157 euros. Esta política de subsidios, junto a unas tarifas del 140% que le protegen de las importaciones, ha generado una sobreproducción que ha convertido a Europa en el principal exportador mundial del producto. El *dumping* que practica ocasiona una reducción del 15% en el precio mundial y deja fuera del mercado de exportación a países como Malawi y Zambia (Watkins y Von Braun, 2003:8-17; Oxfam, 2004:10).

TABLA 1. PRODUCCIÓN DE CEREALES EN ÁFRICA Y MUNDIAL (MILLONES DE TONELADAS).

	2007	2008 estimaciones	2009 pronóstico	Variación 2009 respecto de 2008 (%)
África	128,4	143,6	151,2	5,2
África del Norte	28,5	30,2	39,5	30,7
África Occidental	41,9	49,6	48,4	-2,5
África Central	3,2	3,3	3,2	-3,6
África Oriental	32,6	32,6	30,2	-7,4
África Austral	22,2	27,9	29,9	7,4
Total mundial	2146,4	2283,2	2248,0	-1,5

Fuente: FAO (2010a:7).

Desde un punto de vista macroeconómico, el aumento de los precios internacionales ha tenido una fuerte incidencia en la región, debido a que la mayoría de los países africanos son importadores netos de alimentos¹², de forma destacada de dos de los cereales cuyos precios más han subido: el 45% del arroz y el 85% del trigo consumido es importado (Oya, 2009:450).

No obstante, es preciso advertir que la incidencia del aumento de los precios ha variado notablemente no sólo en función de los productos alimentarios, sino también entre los diferentes países y regiones, por diversas razones. La primera es el grado de dependencia de la importación de cereales y oleaginosas, que es mayor en el Norte de África, África occidental (especialmente el Sahel), el Cuerno de África (singularmente Etiopía y Eritrea) y diferentes países en contexto posbélico (como Sierra Leona, Libera y Angola) (Oya, 2009:449; Swan et ál., 2010:109 y ss.). Un segundo motivo es la fuerte variación existente entre países, incluso de la misma región, en la transmisión de los precios internacionales hacia los precios nacionales, en función de diferentes factores: los costes de transporte, la estructura de los sistemas de distribución, la falta de integración o fallos en el mercado, el grado de concentración de las importaciones en manos de unos pocos comerciantes (lo que facilita la especulación, o que trasladen incrementos de precios de forma artificial a otros alimentos), la falta de salida al mar, las medidas de promoción de la producción interior y los controles sobre las importaciones (Oya, 2009:452; Ivanic y Martin, 2008:6; Swan et ál., 2010:109 y ss.). Un tercer factor de la variabilidad del impacto de la subida de los precios ha sido la diferente respuesta dada por los gobiernos, que ha ido desde la represión violenta del descontento popular hasta la adopción de diversas medidas paliativas, como: la utilización de las reservas nacionales de grano, la importación para crear

¹² Según datos referidos a 2004, el África Subsahariana fue importadora neta de alimentos por un valor de 907 millones de dólares, como lo fueron también la mayoría de los países de la región, entre los que destacaron Nigeria (1 391 millones), Angola (650) y Senegal (593). Por el contrario, hay que constatar que algunos otros países fueron exportadores netos, sobre todo Costa de Marfil (2281), Sudáfrica (680), Kenia (608) y Ghana (583) (FAO, 2006:161,162).

reservas adicionales, la reducción o eliminación temporal de los impuestos a la importación de alimentos, los programas de ayuda a los sectores más vulnerables, la revisión de salarios, etc. De esta forma, la crisis ha promovido una cierta reaparición de determinadas políticas públicas agroalimentarias que prácticamente habían sido barridas años atrás por las reformas económicas liberalizadoras (Oya, 2009:453-454).

Como consecuencia del encarecimiento de los alimentos, numerosos países han tenido que afrontar un mayor gasto de divisas y un deterioro de su balanza de pagos. De hecho, el coste de las importaciones alimentarias en los PBIDA (países de bajos ingresos y con déficit de alimentos, muchos de ellos africanos) fue en 2008 cuatro veces superior al del año 2000. Así, desde finales de 2004 tal subida de los precios les ha acarreado una pérdida del 1% del PIB como media, que en países como Eritrea llega al 5% (Earthscan-PMA, 2009:42). Por otro lado, dado que los alimentos suelen representar una porción importante de sus índices de precios al consumo, tal encarecimiento ha implicado también un aumento de la inflación en los países en desarrollo, que ha pasado del 5,4% en 2006 al 9,4% en 2008. Igualmente, ha generado un aumento del desequilibrio fiscal, pues muchos gobiernos, para amortiguar el impacto, han rebajado los impuestos y los aranceles a los alimentos al tiempo que han tenido que incrementar sus gastos en programas de protección social (Earthscan-PMA, 2009:40, 42).

Ahora bien, a la hora de analizar los impactos negativos de la subida de los precios de los alimentos, el punto de observación tiene que descender hasta el nivel de las familias y las personas. El primer efecto de tal encarecimiento es el de un aumento de la pobreza. Tal y como expresa la ley de Engel, el porcentaje del gasto dedicado a alimentación es mayor conforme menor es la renta familiar. Así pues, las familias pobres en los países en desarrollo dedican entre el 50% y el 70% a la compra de alimentos, con lo que el aumento de los precios erosiona su ya limitado poder adquisitivo (von Braun, 2008). Esto se da sobre todo en el caso de las residentes en el medio urbano, por ser compradoras netas de alimentos, frecuentemente importados. A ello hay que añadir que las familias pobres tienen menos capacidad de resistir a las crisis alimentarias porque disponen de menos tierra y otros recursos, cuentan con menos capacidades para implementar estrategias con las que afrontar aquellas, y parten de una situación nutricional previa con frecuencia deficiente (Devereux et ál., 2008: 21 y ss.).

Por otro lado, si bien el incremento de los precios provoca que muchas familias caigan por debajo de la línea de pobreza, también es cierto que beneficia, como ocurre incluso en las crisis estacionales, a los productores netos, los comerciantes y otros sectores pudientes (Swan et ál., 2009:17). Sin embargo, en África son pocos los productores que generan excedentes comercializables y exportables, en condiciones de extraer tal beneficio. En este sentido, Ivanic y Martin (2008:18-19) han estimado que el aumento de los precios entre 2005 y 2007 en una muestra de nueve países en desarrollo,

incluidos tres africanos, provocó más impacto negativo sobre los compradores netos que positivo sobre los productores con excedentes, de tal forma que las tasas de pobreza aumentaron una media del 4,5%. Esta conclusión es particularmente clara para los tres países africanos de la muestra (Malawi, Madagascar y Zambia), así como para las familias urbanas, aunque incluso entre la mayoría de las rurales aumentó la pobreza y solo en algunos pocos casos disminuyó. En cualquier caso, como apunta Oya (2009:451-452), el impacto variará entre regiones del continente: cabe esperar que sea menor en los países del África Austral, con una baja o nula dependencia de importaciones de maíz, y mucho más serio entre los importadores de arroz y trigo, como son el Norte de África, Sudán, Etiopía y varios del África occidental.

Un segundo impacto de la carestía de los alimentos consiste en la adopción por las familias pobres de diferentes medidas de ahorro que son lesivas para su bienestar y su desarrollo futuro. Una de ellas es la reducción del gasto en servicios básicos como el agua o la sanidad, con el consiguiente perjuicio para la salud, o la educación, aumentando el absentismo escolar (Swan et ál., 2010:114). Otra medida consiste en consumir menos alimentos, así como alimentos más baratos y de peor calidad. En efecto, una pauta habitual es que las familias traten de mantener su consumo de alimentos básicos a expensas de otros nutricionalmente más ricos (frutas, verduras, carne y lácteos), como han constatado por ejemplo un estudio realizado en Lusaka (Zambia) durante la hambruna de 2000-2001 (Gitau et ál., 2005) y otros en el contexto de la actual crisis¹⁵. Pero tal consumo de alimentos de menor calidad y pobres en determinados micronutrientes puede acarrear consecuencias graves, incluso a largo plazo, ocasionando una merma del estado nutricional y sanitario (como el retraso físico y mental de los niños), una reducción de la capacidad de trabajo (causada por ejemplo por la anemia derivada de la falta de hierro), y un incremento de la mortalidad materno-infantil (Swan et ál., 2009:27-28).

Un tercer impacto radica en la erosión de los sistemas de sustento (*livelihoods*) de las familias pobres, en cuanto éstas se pueden ver obligadas a vender sus bienes productivos para poder comprar alimentos. En efecto, con el fin de hacer frente a las crisis alimentarias, las familias implementan diferentes estrategias de afrontamiento (*coping strategies*), tales como la diversificación de actividades económicas, la emigración, la reducción del gasto o la ayuda recíproca. Conforme la crisis se agudiza y la supervivencia está más amenazada, las estrategias exigen mayores sacrificios para la salud, la nutrición o el medio de vida familiar, tal como la venta de los bienes productivos, lo que conlleva un incremento de su vulnerabilidad a largo plazo ante nuevas crisis (Pérez de

¹⁵ Un estudio realizado por Acción Contra el Hambre en República Centroafricana, Liberia y Sierra Leona a comienzos de 2008, constató que muchas familias respondieron al aumento de los precios de los alimentos reduciendo su consumo en cantidad y calidad. Así, en Freetown, Sierra Leona, el 44% de los entrevistados ya no consumía carne, el 21% vegetales y el 18% lácteos; y en Bangui, República Centroafricana, más del 30% de las familias habían reducido el número de comidas diarias, y más del 40% las raciones en ellas (Swan, 2010:111-112).

Armiño, 2000). Estas estrategias, así como diversos mecanismos tradicionales de apoyo mutuo a nivel de la comunidad o la familia extendida, permiten afrontar crisis moderadas y habituales, como las de tipo estacional, pero sin embargo son ineficientes ante crisis grandes, duraderas y que afectan a toda la comunidad, tal como la presente crisis mundial de los precios (von Braun, 2009:5-6)

En definitiva, hay que subrayar que tal aumento de la vulnerabilidad supone un perjuicio en términos no solo de aumento del hambre, sino también de otras dimensiones del desarrollo humano que son constitutivas igualmente de diversos Objetivos de Desarrollo del Milenio. Además, es importante señalar que el aumento de los precios tiene un impacto desproporcionadamente alto entre las mujeres, que se ven más afectadas que los hombres por la reducción del consumo de alimentos, la ingesta de alimentos menos nutritivos y la reducción del gasto familiar en servicios como sanidad y educación (Quisumbing, 2008).

Centrándonos en el ámbito nutricional, la actual crisis ha supuesto un agravamiento de las altas tasas de subnutrición crónica que la región venía ya experimentando, las mayores del mundo. En términos relativos, durante las dos últimas décadas el África Subsahariana ha experimentado una cierta disminución del porcentaje de personas subnutridas, del 34% en 1990-92 al 28% en 2005-07, con un repunte por la actual crisis hasta el 30% en 2010. Este porcentaje casi dobla el del conjunto de los países en vías de desarrollo, que es del 16%. De todas formas, es importante subrayar que dentro del África Subsahariana existen muy notables diferencias por zonas, y dentro de ellas por países, siendo el África Central la que presenta unas tasas más altas y la única donde éstas aumentaron desde principios de los 90 hasta mediados de los 2000. En el punto opuesto, el África Occidental cuenta con unas tasas menores incluso que las del conjunto de los países en desarrollo.

Dado que la población africana crece con rapidez, dicha escasa disminución en términos porcentuales en realidad ha conllevado un incremento del número absoluto de personas subnutridas en la región, que entre 1990-92 y 2005-07 aumentó en 36,83 millones, esto es, de 164,9 a 201,2 millones. De hecho, el África Subsahariana es la región del mundo donde, desde 1990, se ha experimentado un aumento mayor y más continuado del número de personas hambrientas. Dicho incremento, además, se ha visto acelerado por la reciente crisis alimentaria motivada por el encarecimiento de los alimentos. Así, la región alcanzó en 2009 los 265 millones de personas subnutridas, lo que representaba un 11,8% más que el año anterior, si bien en 2010 el número ha descendido a 239 millones (FAO, 2009b:3; 2010b:10).

El reciente deterioro de la situación nutricional, palpable en un aumento de la subnutrición en términos absolutos, ha contribuido además a la aparición de diversos casos de hambruna, o crisis alimentarias graves y localizadas, en varias zonas del continente. Así, por ejemplo, en 2008, el cuerno de África se vio afectado por una fuerte crisis alimentaria que afectó a diecisiete millones de

personas. Este fue el último episodio de una serie de crisis que han azotado la región cada año de la última década, motivadas por factores como el deterioro medioambiental, la pobreza extendida y la guerra (en el caso de Somalia), a los que en esta ocasión se ha añadido el encarecimiento de los alimentos, que ha incrementado la miseria entre las familias vulnerables, las cuales viven al borde de la supervivencia, con pocos recursos y sin mecanismos de protección social (Oxfam, 2009:14). Como consecuencia, según datos recientes de la FAO, de los 33 países del mundo que requieren ayuda alimentaria, 21 son subsaharianos, algunos de los cuales están afrontando una inseguridad alimentaria severa: Burundi, República Centroafricana, Chad, Congo, Costa de Marfil, R.D. del Congo, Etiopía, Guinea, Guinea-Bissau, Níger, Sudán, y Uganda (FAO, 2010a).

TABLA 2: INCIDENCIA DE LA SUBNUTRICIÓN EN EL MUNDO Y EL ÁFRICA SUBSAHARIANA, POR REGIONES (HASTA 2005-07).

	Población total, 2005-07 (millones)	Nº de personas subnutridas				% de personas subnutridas en la población total			
		1990-1992	1995-1997	2000-2002	2005-2007	1990-1992	1995-1997	2000-2002	2005-2007
Mundo	6559,3	843,4	787,5	833,0	847,5	16	14	14	13
Países desarrollados	1275,6	16,7	19,4	17,0	12,3	-	-	-	-
Países en desarrollo	5283,7	826,6	768,1	816,0	835,2	20	17	17	16
África Subsahariana	729,6	164,9	187,2	201,7	201,2	34	33	31	28
África central	98,4	20,4	37,2	47,0	51,8	32	49	55	53
África oriental	252,8	76,2	84,7	85,6	86,9	45	44	39	34
África meridional	103,4	30,6	33,3	35,3	33,9	43	41	38	33
África occidental	275,0	37,6	32,0	33,7	28,5	20	15	14	10

Fuente: Elaborada a partir de FAO (2010b:56-58).

En cuanto a las previsiones sobre el futuro de la seguridad alimentaria en el continente, la mayoría son pesimistas. Por un lado, casi todos los estudios pronostican que durante los próximos años los precios internacionales de los alimentos básicos permanecerán volátiles y relativamente altos (a un nivel promedio superior al de la década anterior), debido a la persistencia de diferentes factores estructurales como la escasez de existencias, el exiguo crecimiento de la productividad, el aumento de la demanda en países emergentes y para producir biocombustibles, los altos costes de la energía y el cambio climático (Earthscan, 2009:35; UNCTAD, 2009:10). Este sombrío panorama presenta argumentos adicionales en el caso del África Subsahariana, continente que se verá particularmente afectado por factores como la erosión de las capacidades de los estados, los conflictos armados, el cambio climático y la previsible disminución de la ayuda internacional debido

a la crisis económica. En conclusión, el ODM relativo a la reducción del hambre está lejos de poder alcanzarse tanto en el conjunto del mundo como, más aún, en el África Subsahariana.

4. POTENCIALIDADES Y LÍMITES DE LOS ODM EN LA LUCHA CONTRA EL HAMBRE.

La última parte este artículo analizará en primer lugar las potencialidades y aportes, y, en segundo lugar, las limitaciones y distorsiones, que presentan los Objetivos de Desarrollo del Milenio (en adelante ODM) de cara a estimular y orientar la lucha contra el hambre, en particular en el África Subsahariana. Tal análisis resulta pertinente si tenemos en cuenta que los ODM constituyen hoy el principal referente discursivo y político en la agenda internacional de la cooperación y del desarrollo, y por lo tanto, el marco político en el que se inscriben los esfuerzos internacionales y nacionales de lucha contra el hambre.

4.1. RELEVANCIA Y APORTES DE LOS ODM.

De los ocho ODM¹⁴ nos interesa particularmente el primero, orientado a erradicar la pobreza extrema y el hambre, que se traduce en dos metas, centradas en la reducción de cada uno de esos dos problemas, y en cinco indicadores, como se recoge en el cuadro siguiente.

Objetivo 1: Erradicar la pobreza extrema y el hambre	
Meta 1: Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas cuyos ingresos sean inferiores a 1 dólar por día	-Indicador 1. Porcentaje de la población con ingresos inferiores a 1 dólar por día a paridad del poder adquisitivo (PPA) -Indicador 2. Coeficiente de la brecha de pobreza [la incidencia de la pobreza multiplicada por la profundidad de pobreza] -Indicador 3. Proporción del consumo nacional que corresponde al quintil más pobre de la población
Meta 2: Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas que padezcan hambre	-Indicador 4. Porcentaje de niños menores de 5 años con insuficiencia ponderal -Indicador 5. Porcentaje de la población por debajo del nivel mínimo de consumo de energía alimentaria

Como puede apreciarse, para medir la consecución de la segunda meta, centrada en la reducción del hambre, se han formulado dos indicadores. El indicador n° 4 viene justificado por el hecho de que los niños pequeños, dada

¹⁴ Como es sabido, los ODM son una serie de compromisos concretos, aprobados por la Asamblea General de Naciones Unidas en septiembre de 2001, para implementar los principios y objetivos de la Declaración del Milenio, aprobada por aquella el año anterior. Los ODM son 8, desglosados en 21 metas concretas y 60 indicadores de seguimiento cuantificables, con el año 2015 como marco temporal.

su vulnerabilidad física, tienden a sufrir y reflejar con rapidez, en forma de pérdida de peso, un deficiente consumo de alimentos. Además, según dice Haddad (2007), es el único indicador que se basa en datos fiables. Por su parte, el indicador n° 5 mide el porcentaje de población que no consume un umbral mínimo de energía alimentaria, calculado en kilocalorías.

Es importante señalar que, en realidad, la reducción del hambre no atañe sólo al ODM 1, sino que es un objetivo interrelacionado con todos los demás, tales como los relativos a la universalización de la enseñanza primaria, la igualdad de género, la mejora de la salud materna, o el combate del VIH/SIDA y otras enfermedades. No en vano, el hambre constituye un fenómeno que es consecuencia y a la vez causa de otros muchos problemas del desarrollo, como la pobreza, la enfermedad y el deterioro medioambiental. Por consiguiente, conviene analizar todos los ODM con una perspectiva holística.

La importancia principal de los ODM radica en el hecho de que representan el marco general en el que durante la última década se han inscrito las políticas y estrategias nacionales de desarrollo y lucha contra la pobreza, así como las políticas de cooperación internacional para el desarrollo. Son, por tanto, una especie de hoja de ruta para los países donantes y para los receptores de ayuda, así como el enfoque que guía al sistema de las Naciones Unidas. Igualmente, como dicen Fukuda-Parr y Hulme (2009:32), a pesar de su limitada implementación, han permitido poner la reducción de la pobreza global en la agenda internacional, incluyendo varias cumbres a nivel de jefes de estado. Cabe destacarse también que los ODM representan un compromiso universal, una responsabilidad compartida, en torno a unas determinadas metas, pues no en vano han sido suscritos por prácticamente todos los países del mundo.

Otra de las principales aportaciones de los ODM es que con ellos, por primera vez, la comunidad internacional en su conjunto ha establecido una serie de umbrales mínimos de resultados a conseguir en un plazo de tiempo; esto es, objetivos concretos con indicadores medibles. De esta forma, constituyen un instrumento que abre las puertas a la realización de un monitoreo independiente, a la evaluación de los resultados obtenidos, así como a la crítica y la presión por parte de las organizaciones sociales (Paladella, 2005:119; Manning, 2010:10).

4.2. CARENCIAS Y CRÍTICAS A LOS ODM.

Aún reconociendo que los ODM constituyen una referencia esencial en las políticas internacionales en materia de desarrollo, numerosos autores y organizaciones les han formulado varias críticas, centradas tanto en su formulación teórica e ideológica como en aspectos técnicos y operativos. Veamos a continuación las más importantes, en particular aquellas que cuestionan su potencialidad como instrumento para canalizar la lucha contra el hambre.



4.2.1. CARÁCTER PALIATIVO DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL Y OLVIDO DE LAS CAUSAS DE LA POBREZA Y EL HAMBRE.

La crítica más general a los ODM es la de aquellos que los consideran un instrumento del modelo capitalista neoliberal para aliviar sus peores secuelas, como la pobreza, a fin de mantener su viabilidad (Sanahuja, 2005:32; Saith, 2006:1197), y de aplacar las críticas sociales y políticas al mismo (Echart y Puerto, 2006:27; Sanahuja, 2005:32). Es más, para algunos supone un retroceso en la concepción del desarrollo, pues implanta un discurso único de base neoliberal (visible en el objetivo octavo), que margina otros enfoques críticos y que no se pregunta por las causas de la pobreza (Calle, 2005:3-9). En efecto, los ODM abordan la pobreza, el hambre y otros problemas profundos y de carácter sistémico con un enfoque meramente paliativo y técnico, sin afrontar adecuadamente sus raíces estructurales (Barto, 2005:102), y sin vincularlos con las desigualdades estructurales a escala global, como las derivadas del comercio internacional, sino fundamentalmente con factores meramente internos. Es decir, los ODM asumen que la respuesta al hambre y otros problemas requiere medidas internas en los países en desarrollo (buen gobierno y políticas apropiadas), en tanto que de la comunidad internacional cabe esperar ayuda, pero no un cambio del sistema (Saith (2006:1196)

4.2.2. ENFOQUE CUANTITATIVO Y OLVIDO DE LA DIMENSIÓN CUALITATIVA Y POLÍTICA DEL HAMBRE.

La priorización de los objetivos e indicadores cuantitativos ha hecho que los aspectos cualitativos hayan quedado ausentes en los ODM. Prima así un criterio tecnocrático que sobresimplifica problemas muy complejos, sin contemplar todas sus dimensiones ni tampoco los procesos políticos democráticos precisos para alcanzarlos (Harcourt, 2005:3,4). Esta falta de un análisis multidimensional, sistémico y profundo de los problemas es aplicable también al hambre. En efecto, se adopta una visión limitada del hambre, medible en términos de consumo de kilocalorías, sin tener en cuenta los problemas nutricionales derivados de un insuficiente consumo de proteínas o micronutrientes. Además, no se analiza el hambre en un marco más amplio, el de la "inseguridad alimentaria", una dimensión que incluye no sólo la falta de acceso al alimento, sino también aspectos vinculados a la salud, el cuidado, las relaciones de género, el valor cultural del alimento, las percepciones subjetivas de las personas, y sobre todo, la vulnerabilidad de los sistemas de sustento (*livelihoods*) familiares, la cual es fruto en gran medida de causas estructurales como la desigualdad socioeconómica. Igualmente, se ignora la importancia que determinados aspectos políticos (como la democracia, la participación social y el empoderamiento de los vulnerables) tienen para la implementación de políticas efectivas contra el hambre.

4.2.3. LAS METAS DE REDUCCIÓN DEL HAMBRE SON MODESTAS Y ESTÁN RECORTADAS.

A pesar de su denominación, los ODM en realidad no son una agenda para la promoción del desarrollo humano, sino que se enfocan a un objetivo mucho más limitado, el de reducción de la pobreza absoluta en varias de sus manifestaciones, como el hambre, lo cual implica una “minimalización del desarrollo” (Dubois, 2006:40-41). A esta limitación conceptual del desarrollo cabe añadir que se plantean objetivos muy poco ambiciosos en relación a los recursos técnicos y económicos hoy disponibles (Herfkens, 2005:157), y que se recogen solo algunas de las metas formuladas en las diferentes cumbres organizadas en los 90 por las Naciones Unidas, dejando otras en el olvido (Echart y Puerto, 2006:11, 26).

En lo relativo a la lucha contra el hambre, este retroceso y pérdida de ambición es perceptible, en primer lugar, en el hecho de que numerosos objetivos y temas abordados en cumbres de los años 90 anteriores, muchos de ellos importantes para la seguridad alimentaria, han sido ignorados en los ODM, tales como la creación de empleo, esencial para luchar contra la pobreza y el hambre (Mold, 2005:102, 103); los servicios de salud (PNUD, 2003:4); y los derechos y protección de los niños y niñas (Paladella Salord, 2005:119). Otro caso significativo es el de los derechos de las mujeres, pues a diferencia del enfoque holístico adoptado en la Plataforma de Acción de la Conferencia de Beijing, los ODM no adoptaron la propuesta de incluir transversalmente el enfoque de género en cada uno de los ocho objetivos, constituyendo uno específico y separado sobre la equidad de género y el empoderamiento de las mujeres (Barton, 2005:103).

Por otro lado, cabe destacar también la reducción de las metas cuantitativas de varios ODM con respecto a metas formuladas en los años 90, como ocurre con las relativas a la reducción del hambre. Lejos de las declaraciones que en los años 70 y 80 prometían erradicarla en diez años, los ODM quedan también por detrás de los compromisos de la Cumbre Mundial de la Alimentación celebrada en Roma en 1996. En ésta se asumió el objetivo de reducir a la mitad el *número* total de hambrientos para el año 2015, hasta los 412 millones. Sin embargo, lo que el ODM 1 asume de forma sutil y un tanto engañosa es el objetivo de reducir a la mitad el *porcentaje* de personas hambrientas, lo que teniendo en cuenta el crecimiento demográfico implicaría un descenso solo hasta los 585 millones de personas (FAO, 2006:8). Por otro lado, para algunos países con porcentajes de población subnutrida muy altos, el cumplimiento del objetivo supondría alcanzar unas proporciones que seguirían resultando muy elevadas, como es el caso de la R. D. del Congo o de Eritrea, con tasas cercanas o superiores al 70%,

4.2.4. LOS ODM SE BASAN EN DATOS SOBRE LA SUBNUTRICIÓN DE DUDOSA CALIDAD.

Diferentes autores critican que los datos cuantitativos con los que se ha construido la línea de base para formular los ODM son de dudosa fiabilidad y calidad técnica (Reddy y Heuty, 2005:402; Pogge, 2004:383-385), y que los

objetivos cuantitativos seleccionados son arbitrarios, incoherentes entre sí y mal diseñados metodológicamente (Easterly, 2009:26).¹⁵

Tales problemas con los indicadores son aplicables también a la alimentación. Por un lado, la medición de la subnutrición en los ODM se ve limitada por razones operativas al consumo de energía alimentaria medida en kilocalorías, olvidando el de proteínas y micronutrientes. Como hemos visto anteriormente, diferentes autores, como Svedberg (1999, 2000), han criticado la fiabilidad de los criterios estadísticos seguidos por la FAO, basados en el suministro energético en base a las estimaciones de disponibilidad de cosechas. Por otro lado, la propia medición de los requerimientos energéticos promedio para una población resulta problemática, pues cada persona tiene unas determinadas necesidades en función de diferentes factores (volumen corporal, actividad física, clima, etc.). Una dificultad complementaria se deriva del hecho de que, según defienden de forma controvertida algunos autores como Dasgupta y Ray (1990), las necesidades calóricas presentan no solo dichas variaciones interpersonales, sino también variaciones intrapersonales. En otras palabras, el organismo humano dispondría de la capacidad metabólica de ajustarse a cierta disminución del consumo alimentario, por lo que sería inapropiado atribuir a una persona un nivel determinado de necesidades. En conclusión, resulta complejo y relativamente arbitrario establecer unos umbrales precisos con los que estimar el punto a partir del cual existe subnutrición, lo cual a su vez dificulta la medición del problema y la formulación de objetivos políticos en la materia.

4.2.5. LA ERRADICACIÓN DEL HAMBRE NO SE FUNDAMENTA EN LOS DERECHOS HUMANOS.

Los ODM constituyen un compromiso político y, por tanto, no son un instrumento jurídicamente vinculante cuyo posible incumplimiento pudiera ser objeto de sanción. Pero, además de eso, una característica esencial de los ODM es que no se formulan como una materialización de los derechos humanos, a pesar de que la Declaración del Milenio de la que se derivan sí se fundamentaba normativamente en los instrumentos jurídicos de los derechos humanos. Así pues, en consonancia con la priorización del mercado y del sector privado que subyace a los ODM, el enfoque basado en derechos ha sido marginado por

¹⁵ Además, se ha criticado que la formulación de los ODM se ha realizado mediante la agregación a escala mundial de tendencias muy diferentes en diferentes países, dando como resultado grandes objetivos demasiado generales, descontextualizados y ahistóricos, que no tienen en cuenta las circunstancias ni las trayectorias históricas de cada país (Paladella, 2005:118). En este sentido, Easterly (2009:27-29) subraya que África tiene más dificultades para cumplir las metas cuantitativas establecidas, como las de reducción de la pobreza o el hambre, pues parte de tasas mucho más altas que en otras regiones, con lo que el porcentaje a reducir es mayor; y además, los países con ingresos per cápita bajos requieren una tasa de crecimiento económico mayor que los de ingresos más altos para lograr la misma reducción de pobreza.

otro orientado a objetivos y resultados cuantificables (Paladella, 2005:115, 116). En este sentido, el primer ODM, relativo a la erradicación del hambre, ni toma como base ni respalda el derecho humano a la alimentación, recogido en diferentes instrumentos jurídicos nacionales e internacionales, principalmente en el artículo 11 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Así pues, también en este plano los ODM suponen un retroceso respecto a la Cumbre Mundial sobre la Alimentación celebrada en Roma en 1996, cuyo Plan de Acción estableció la meta de avanzar en la clarificación del contenido y en la aplicación de tal derecho.

4.2.6. EL ENFOQUE NEOLIBERAL DEL 8º OBJETIVO CONTRADICE LA LUCHA CONTRA EL HAMBRE.

Numerosos autores subrayan que existe una incoherencia de fondo entre los siete primeros objetivos (sobre todo el primero, relativo a la pobreza y el hambre) y el octavo, orientado a crear una Alianza Mundial para el desarrollo, mediante unas relaciones comerciales internacionales más abiertas y equitativas. La razón es que éste último está claramente inspirado en el discurso liberal dominante, el cual entra en contradicción con las políticas sociales públicas que son necesarias para erradicar la pobreza o el hambre y alcanzar los demás ODM. El objetivo octavo asume que los ODM se alcanzarán de la mano del crecimiento económico, del comercio, y de la inversión y la actividad privadas, en tanto que al Estado solo le quedaría un papel subsidiario. Sin embargo, la experiencia demuestra que solo las inversiones públicas, y no el sector privado, puede garantizar un incremento de los servicios a los pobres que posibiliten el logro de los ODM (Paladella, 2005:118). En el caso de la lucha contra el hambre, según autores como Drèze y Sen (1989), la experiencia de diferentes países durante décadas demuestra que la mejora de la seguridad alimentaria de las familias pobres requiere necesariamente de la acción pública del Estado, no pudiéndose confiar en que el mero crecimiento económico traerá la solución al problema.

4.2.7. LOS ODM NO PLANTEAN CAMBIOS ESTRUCTURALES NECESARIOS PARA ERRADICAR EL HAMBRE.

La consecución de los ODM, en particular la reducción de la pobreza y del hambre, requerirían no solo de unas políticas públicas vigorosas a favor de los pobres, sino también de cambios en las estructuras económicas internacionales. Sin embargo, como hemos dicho, los ODM no contemplan la necesidad de tales transformaciones, que por otro lado tampoco se están produciendo. Particularmente necesarios serían los cambios en el comercio agrícola internacional, evitando distorsiones como la inundación de los mercados del Sur con alimentos subsidiados procedentes del Norte. Del mismo

modo, otro obstáculo para los ODM radica en la existencia de un sistema de gobernación global distorsionada, por cuanto las cuestiones económicas y financieras quedan al margen del sistema de Naciones Unidas, esto es, en las organizaciones de Bretton Woods y la OMC, con serias deficiencias en materia de transparencia y representatividad democrática.

4.2.8. LOS ODM CARECEN DE LA FINANCIACIÓN NECESARIA PARA REDUCIR EL HAMBRE.

Existen diferentes estimaciones sobre el coste adicional de las inversiones necesarias para alcanzar el ODM 1: por ejemplo, según el Banco Mundial, entre 54.000 y 62.000 millones de dólares anuales, y según el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD de 2003, entre 35.000 y 76.000 millones (Reddy y Heuty, 2004:4, 5). Más en concreto, en cuanto al coste de reducir a la mitad el porcentaje de desnutridos para el 2015, la FAO (2002) estimó que exigiría una inversión adicional de unos 24.000 millones de dólares anuales. A su vez, el Instituto IFPRI (Von Braun et ál., 2004:5) ha estimado que para conseguir la meta de reducir a la mitad la malnutrición infantil entre 1995 y 2015 habría que realizar diferentes inversiones en el campo de la seguridad alimentaria y la nutrición por unos 16.000 millones adicionales cada año. Estas cifras están en la línea de las calculadas por Devereux et ál. (2008), quienes proponen un *paquete mínimo esencial* con varios programas para acabar con el hambre (no ya para reducirla a la mitad) en el mundo, con un coste anual de entre 25.810 y 48.520 millones de libras esterlinas, esto es, entre 10 y 20 veces menos que el gasto militar mundial. En lo que se refiere a África, como señala Oxfam (2006:19), el NEPAD estimó que se precisarían unos 18.000 millones de dólares anuales para alcanzar en ella el objetivo de la Cumbre de la Alimentación de 1996 de reducir a la mitad el número de hambrientos.

En definitiva, los diferentes cálculos coinciden en que el coste económico de los ODM, y en particular de la reducción del hambre, es asumible. Sin embargo, los recursos movilizados están quedando bastante por debajo de lo necesario. Si bien en la Conferencia de Monterrey de 2002 se acordó duplicar la ayuda internacional para financiar los ODM, ésta solo aumentó moderadamente en los siguientes años, disminuyendo después debido a la actual crisis económica. Esto revela una insuficiente voluntad política por parte de la comunidad internacional para la consecución de los ODM y para el combate contra el hambre.

5. CONCLUSIONES.

A nivel mundial, el África Subsahariana es la región que presenta unas peores perspectivas de cara a la consecución de los ODM. Las previsiones de incumplimiento son particularmente claras en lo referente a la reducción

del hambre, pues durante la última década la tasa de personas subnutridas ha disminuido de forma insuficiente, habiendo además repuntado por la crisis alimentaria iniciada en 2007. En cuanto al número absoluto de personas afectadas, éste ha tendido al alza, más aún con la crisis. Así pues, la crisis presente actúa como mero agravante de una alta inseguridad alimentaria crónica, motivada por factores estructurales que, en muchos casos, se prevé que perduren e incluso se agudicen en el futuro.

A la hora de analizar en qué medida los ODM están siendo un instrumento útil de cara a reducir el hambre en el mundo y en el África Subsahariana, es preciso reconocerles varias contribuciones. Una de ellas es el respaldo universal que han logrado, lo cual ha garantizado que la lucha contra la pobreza y el hambre hayan ocupado una cierta presencia en la agenda política internacional, al menos a nivel discursivo. También es reseñable que los ODM aporten objetivos cuantificables y con plazos, lo que les convierte en una herramienta valiosa para la evaluación de políticas, la exigencia de rendición de cuentas y la movilización social.

A pesar de tales aportes, es preciso resaltar las numerosas limitaciones, disfunciones y contradicciones que presentan, y que lastran su contribución a la reducción del hambre. Entre ellas destacan las siguientes: a) El *retroceso conceptual* que representan para la agenda del desarrollo, por el predominio de un enfoque restringido de la pobreza que olvida el análisis y el afrontamiento de las causas de aquella y del hambre, así como diferentes dimensiones cualitativas del desarrollo humano; b) El *retroceso programático* respecto a las cumbres de los años 90, al olvidar muchos de los objetivos fijados en éstas y reducir muchas de sus metas cuantitativas, como ocurre por ejemplo en relación a la Cumbre Mundial de la Alimentación celebrada en Roma en 1996; c) La *asimetría de la agenda*, con compromisos muy diferentes para países pobres y ricos, haciendo hincapié en las políticas a escala nacional pero ignorando las transformaciones globales en el sistema económico mundial; d) La *adhesión al sistema neoliberal* vigente, palpable sobre todo en el objetivo octavo, y el papel prioritario que atribuye al mercado a costa de las políticas públicas, que sin embargo se han revelado imprescindibles para la seguridad alimentaria; e) La *adopción de un enfoque basado en el mercado y en la ayuda, pero no en los derechos humanos*, de modo que los ODM no sustentan, sino más bien lo contrario, el valor del derecho humano a la alimentación.

Así pues, aunque resulta deseable y necesario conseguir las diferentes metas contempladas en los ODM, estos, entendidos como marco global para la acción política, carecen del vigor y de la coherencia necesarios para impulsar una reducción significativa de la pobreza y del hambre en el África Subsahariana y en el mundo. El problema básico radica en el marco general en el que están inscritos, esto es, un modelo neoliberal y unas estructuras económicas y políticas tanto globales como nacionales que perpetúan las desigualdades y la exclusión de amplios sectores sociales. Como se ha dicho, “el ejercicio de los ODM parece estar bien insertado, aunque sea por defecto, en

la gran agenda estratégica neoliberal” (Saith, 2006:1197). Así pues, la defensa de las metas concretas que contemplan no debiera confundirse con un apoyo acrítico que legitimara como inevitable el *status quo* global.

Avanzar hacia la erradicación de la pobreza y del hambre requiere un cambio de paradigma, en particular la adopción de un enfoque basado en los derechos de las personas, que otorgue valor vinculante al derecho a la alimentación y a otros derechos socioeconómicos, y que genere obligaciones para los Estados y la comunidad internacional. En un sistema que genera desigualdad estructural, la seguridad alimentaria no podrá llegar a todos gracias solo al mercado y la ayuda internacional. Por el contrario, son precisas unas políticas públicas nacionales e internacionales de carácter redistributivo, concebidas como materialización vinculante de los derechos humanos y sujetas a mecanismos globales de rendición de cuentas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Banco Mundial (2008): *Informe sobre desarrollo mundial, 2008, Agricultura para el desarrollo*, Mayo Ediciones, Bogotá.
- Barton, C. (2005): “Women Debate the MDGs”, *Development*, 48(1), 101-106.
- Bush, R. (2010): “Food Riots: Poverty, Power and Protest”, *Journal of Agrarian Change*, 10(1), 119-129.
- Calle Collado, Á. (2005): “Poder Global: los ODM como señales de humo”, *Rebelión*, 11 de febrero, <http://www.rebellion.org/docs/46342.pdf>
- Cascante, K. y Sánchez, Á. (ed.)(2008): *La crisis mundial de alimentos: alternativas para la toma de decisiones*, Exlibris Ediciones y Fundación Alternativas, Madrid.
- Christiaensen, L. y Demery L. (2010): *Are African Countries Paying Too Much Attention To Agriculture?*, *WIDER Angle Newsletter*, UNU-WIDER, Helsinki, abril, http://www.wider.unu.edu/publications/newsletter/articles-2010/en_GB/04-2010-Christiaensen-Demery/
- Clemens, M. A., Kenny Ch. J. y Moss, T. J. (2004): *The Trouble with the MDGs: Confronting Expectations of Aid and Development Success*, Working Paper, 40, Center for Global Development, Washington. <http://www.cgdev.org/content/publications/detail/2749>
- Dasgupa, P. y Ray D. (1990), “Adapting to Undernourishment: the Biological Evidence and its Implications”, en Drèze, J. y Sen A. (eds), *The Political Economy of Hunger, vol. I, Entitlement and Well-Being*, Clarendon Press, Oxford, 191-246.
- De Waal, A. (1989): *Famine that Kills. Darfur, Sudán, 1984-1985*, Oxford University Press, Oxford.

- Devereux, S., Vaitla, B. y Swan, S. H. (2008): *Seasons of Hunger. Fighting Cycles of Quiet Starvation among the World's Rural Poor*, Pluto Press, Londres. Hay edición en castellano: *El hambre estacional: la lucha silenciosa por los alimentos en el mundo rural más empobrecido*, Icaria, Barcelona, 2008.
- Drèze, J. y Sen, A. (1989): *Hunger y Public Action*, Clarendon Press, Oxford.
- Dubois, A. (2006): "La dimensión normativa del desarrollo en la globalización: una visión crítica de los Objetivos del Milenio", *Revista de Dirección y Administración de Empresas*, 13, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 33-52.
- Earthscan y PMA (2009): *El hambre y los mercados. Serie de informes sobre el hambre en el mundo*, Roma y Londres.
- Easterly, W. (2009): "How the Millennium Development Goals are Unfair to Africa", *World Development*, 37 (1), 26-35.
- Echart, E. y Puerto L. M. (2006): "Los Objetivos de Desarrollo del Milenio: ¿Una nueva agenda de desarrollo?", *Revista Española de Desarrollo y Cooperación*, 17, 9-27.
- FAO (2002): *Anti-Hunger Programme. Reducing Hunger Through Sustainable Agricultural and Rural Development and Wider Access to Food*, Roma.
- FAO (2006): *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo. 2006*, Roma.
- FAO (2008): *El aumento de los precios de los alimentos: hechos, perspectivas, impacto y acciones requeridas*. Conferencia de alto nivel sobre la seguridad alimentaria mundial: los desafíos del cambio climático y la bioenergía. FAO. Roma. 3 al 5 de junio. Aumento de los precios de los alimentos: hechos, perspectivas, impacto y acciones requeridas, Roma.
- FAO (2009a): *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2009. Crisis económicas, repercusiones y enseñanzas extraídas*, Roma.
- FAO (2009b): *FAO Press Release. More people than ever are victims of hunger*, Roma, junio.
- FAO (2010a): *Perspectivas de cosechas y situación alimentaria*, nº 1, febrero, <http://www.fao.org/docrep/012/ak343s/ak343s00.pdf>
- FAO (2010b): *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2010. La inseguridad alimentaria en crisis prolongadas*, Roma.
- FAO (2010c): *Definiciones Básicas*, disponible en <http://www.fao.org/hunger/basic-definitions/es/>
- FAO (2010d): *FAOSTAT. Estadísticas sobre seguridad alimentaria*. Producción de alimentos. Disponible en: http://www.fao.org/fileadmin/templates/ess/documents/food_security_statistics/FoodProductionMainGroups_es.xls

- FAO-SMIA (2010): *Perspectivas alimentarias. Análisis de los mercados mundiales*, diciembre, Sistema Mundial de Información y Alerta sobre la Agricultura y Alimentación-FAO, <http://www.fao.org/docrep/012/ak341s/ak341s00.pdf>
- FMI (2008): *World Economic Outlook. Financial Stress, Downturns, and Recoveries*, Washington D.C.
- García, F., Rivera-Ferré, M. G. y Ortega-Cerdà, M. (2008): "Precios en aumento: cuando los árboles no dejan ver el bosque", en Hobbelink, H. y Vargas, M. *Introducción a la Crisis Alimentaria Global*, Grain y Entrepueblos, Barcelona, 25-31.
- Garrido, P. (2008): "Especulación y materias primas agrícolas", en Cascante Hernández, K. y Sánchez, A. (ed.)(2008): *La crisis mundial de alimentos: alternativas para la toma de decisiones*, Exlibris Ediciones y Fundación Alternativas, Madrid, 15-28.
- Ghosh, J. (2009): "Neoliberal Economic Strategies Have Created the Food Crisis", en Kukathas, U. (ed.), *The Global Food Crisis*, Greenhaven Press, Framington Hills (Mi, EE.UU.), 31-42.
- Ghosh, J. (2010), "The Unnatural Coupling: Food and Global Finance", *Journal of Agrarian Change*, 10 (1), 72-86.
- Gitau, R., Makasa, M., Kasonka, L., Sinkala, M., Chintu, C., Tomkins, A. y Filteau, S. (2005): "Maternal Micronutrient Status and Decreased Growth of Zambian Infants Born During and After the Maize Price Increases Resulting from the Southern African Drought of 2001-2002", *Public Health Nutrition*, 8 (7), 837-843.
- Haddad, L. (2007): "Millennium Development Goal 1: Eradicate Extreme Poverty and Hunger. Why Underweight Children Should be our Biggest Concern", *IDS News*, Institute of Development Studies, University of Sussex, <http://www.ids.ac.uk/go/about-ids/news-and-commentary/july-2007-news>
- Harcourt, W. (2005): "The Millennium Development Goals: a Missed Opportunity", *Development*, 48 (1), 1-4.
- Havnevik, K., Bryceson, D., Birgegard, L., Matondi P. y Beyene A. (2007): *African Agriculture and the World Bank. Development or Impoverishment?*, Policy Dialogue, n° 1, The Nordic Africa Institute, Uppsala (Suecia).
- Hulme, D. y Fukuda-Parr, S. (2009): *International Norm Dynamics and 'the End of Poverty': Understanding the Millennium Development Goals (MDGs)*, BWPI Working Paper 96, University of Manchester.
- IFPRI (2008): *IFPRI Forum*, Washington, octubre 2008, disponible en: <http://www.ifpri.org/sites/default/files/publications/if23.pdf>
- Ivanic, M. y W. Martin (2008): *Implications of Higher Global Food Prices for Poverty in Low-Income Countries*, Policy Research Working Paper 4594, The World Bank, Development Research Group, Washington.

- Keen, D. (1994): *The Benefits of Famine: A Political Economy of Famine and Relief in Southwestern Sudan, 1983-1989*, Princeton University Press, Princeton (EE.UU.).
- Lang, T. (2010): "Crisis? What Crisis? The Normality of the Current Food Crisis", *Journal of Agrarian Change*, 10(1), 87-97.
- Macrae, J. y A. Zwi (1994): *Famine, Complex Emergencies and International Policy in Africa: an Overview*, en Macrae, J., Zwi, A., Duffield M. y Slim H. (eds). *War and Hunger. Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Zed Books, Londres, 6-36.
- Manning, R. (2010): "The Impact and Design of the MDGs: Some Reflections", *IDS Bulletin*, 41 (1), Institute of Development Studies, Brighton, 7-14.
- Messer, E., Cohen, M. J. y Marchione T. (2001): *Conflict: a Cause and Effect of Hunger*, ECSP Report, n° 7, Washington. Disponible en <http://www.wilsoncenter.org/topics/pubs/ACF23E.pdf>
- Mitchell, D. (2008): *A Note on Rising Food Prices*, Policy Research Working Paper 4682, The World Bank, Development Prospects Group, Washington.
- Mold, A. (2005): "África Subsahariana ante los Objetivos del Milenio: una historia de desencuentros con Occidente", en Echart, E., Puerto, L. M. y Sotillo, J. A. (coords.), *Globalización, pobreza y desarrollo. Los retos de la cooperación internacional*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 99-107.
- Naiken, L. (2002): "Keynote Paper: FAO Methodology for Estimating the Prevalence of Undernourishment", *Proceedings of the International Scientific Symposium on Measurement and Assessment of Food Deprivation and Undernutrition. Rome, 26-28 June 2002*, Agriculture and Economic Development Analysis Division, FAO, Roma. Disponible en: <http://www.fao.org/docrep/005/y4249e/y4249e06.htm#bm06>
- OXFAM (2004): *Dumping on the World. How EU Sugar Policies Hurt Poor Countries*, Oxfam Briefing Paper, n° 61.
- OXFAM (2006): *Las causas del hambre: una perspectiva de la crisis alimentaria en África*, Informe de OXFAM Internacional, n° 91, julio.
- OXFAM (2009): *Invertir en la pequeña agricultura es rentable. Cómo dirigir la inversión en la agricultura*, Informe de OXFAM Internacional, n° 129, junio.
- Oya, C. (2009): "La crisis alimentaria mundial y sus implicaciones para África", *Claves de la Economía Mundial. 2009*, ICEX, Madrid, 447-454.
- Paladella, M. (2005): "MDGs as Friends or Foes for Human and Child Rights", *Development*, 48 (1), 115-121.
- Pérez de Armiño, K. (1996): *Guerra y hambruna en África. Consideraciones sobre la Ayuda Humanitaria*, Cuadernos de Trabajo, n° 15, HEGOIA, Universidad del País Vasco, Bilbao. Disponible en: http://biblioteca.hegoia.ehu.es/system/ebooks/3181/original/Cuaderno_de_trabajo_15.pdf

- Pérez de Armiño, K. (2000): "Estrategias de afrontamiento", en Pérez de Armiño, K. (dir.), *Diccionario de acción humanitaria y cooperación al desarrollo*, Hegoa y ed. Icaria, Barcelona, 233-237. Versión on line accesible en <http://www.dicc.hegoa.ehu.es/listar/mostrar/90>
- Ploeg, J. D. van der (2010): "The Food Crisis, Industrialized Farming and the Imperial Regime", *Journal of Agrarian Change*, 10 (1), 98–106.
- PNUD (2003): *Informe sobre Desarrollo Humano. 2003. Objetivos de Desarrollo del Milenio: un pacto entre las naciones para eliminar la pobreza*, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Mundi-Prensa, Madrid.
- Pogge, T. (2004): "The First United Nations Millennium Development Goal: a Cause for Celebration?", *Journal of Human Development*, 5 (3), 377-397.
- Proyecto Esfera, El (2004): *Carta humanitaria y normas mínimas de respuesta humanitaria en casos de desastre*, Ginebra. Disponible en <http://www.sphereproject.org>
- Quisumbing, A., Meinzen-Dick R. y Bassett L. (2008): *Helping women respond to the global food price crisis*. IFPRI Policy Brief 7, IFPRI, Washington, D.C. Disponible en <http://www.ifpri.org/sites/default/files/publications/bp007.pdf>
- Reddy, S. y Heuty, A. (2004): *Réalisation des ODM: Critique et Stratégie*, <http://www.millenniumdevelopmentgoals.org/>
- Reddy, S. y Heuty, A. (2005): "Peer and Partner Review: A Practical Approach to Achieving the Millennium Development Goals", *Journal of Human Development*, 6 (3), 399-420.
- Saith, A. (2006): "From Universal Values to Millennium Development Goals: Lost in Translation", *Development and Change*, 37 (6), 1167–1199.
- Sanahuja, J. A. (2005): "Seguridad, desarrollo y lucha contra la pobreza tras el 11-S: los Objetivos del Milenio y la "securitización" de la ayuda", *Documentación Social*, 136 (Monográfico: Objetivos del Milenio), enero-marzo, Madrid, 25-41.
- Srinivasan T. N. (1992): "Undernutrition: Concepts, Measurements, and Policy Implications", en Siddiq R. Osmani (ed.): *Nutrition and Poverty*, Clarendon, Oxford
- Svedberg, P. (1999): "841 Million Undernourished?", *World Development*, 27 (12). 2081-2098.
- Svedberg, Peter (2000): *Poverty and Undernutrition: Theory, Measurement, and Policy*, Oxford University Press, Oxford.
- Swan, S. H., Hadley S. y Cichon B. (eds) (2009): *Feeding Hunger and Insecurity. Food Analysis of Volatile Global Food Commodity Process, Food Security and Child Malnutrition*, ACF International Network, Nueva York.

- Swan, S. H., Hadley S. y Cichon B. (2010): "Crisis Behind Closed Doors: Global Food Crisis and Local Hunger", *Journal of Agrarian Change*, 10 (1) 107-118.
- UNCTAD (2009): *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo. 2009*, Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Nueva York y Ginebra.
- Vandemoortele, J. (2007): *One Pager*, n° 28, International Poverty Centre, United Nations Development Programme, Brasilia, enero, <http://www.undp-povertycentre.org/pub/IPCOnePager28.pdf>
- Von Braun, J. (2008): *Food and Financial Crisis. Implications for Agriculture and the Poor*, Food Policy Report, IFPRI, Washington. Disponible en <http://www.ifpri.org/sites/default/files/publications/pr20.pdf>
- Von Braun, J. (2009): *Food-security Risks Must be Comprehensively Addressed*, IFPRI 2008-2009 Annual Report Essay, IFPRI, Washington. Disponible en <http://www.ifpri.org/sites/default/files/publications/ar08e.pdf>
- Von Braun, J., Swaminathan, M. S. y Rosegrant, M. W. (2004): *Agricultura, seguridad alimentaria, nutrición y los Objetivos de Desarrollo del Milenio*, IFPRI, Washington.
- Von Braun, J., Teklu T. y Webb P. (1998): *Famine in Africa. Causes, Responses and Prevention*, International Food Policy Research Institute, Johns Hopkins University Press, Baltimore (EE.UU.) y Londres.
- Watkins, K. y Von Braun J. (2003): "Time to Stop Dumping on the World's Poor", en IFPRI, *Annual Report 2002-2003*, Washington, 6-20. Disponible en <http://www.ifpri.org/sites/default/files/publications/ar02.pdf>.
- Wright, B., y Bobenrieth, D. (2010): "Notas especiales. La crisis de los precios de los alimentos de 2007/2008: datos y consecuencias", en FAO-SMIA (2010), *Perspectivas alimentarias. Análisis de los mercados mundiales*, Sistema Mundial de Información y Alerta sobre la Agricultura y Alimentación-FAO, diciembre.